

porque el desacuerdo era irreductible acerca de cuatro de las doce condiciones. Durante la noche Mr. Pierce, Secretario auxiliar del Ministerio de Estado, vino al hotel y transmitió un mensaje confidencial del Presidente, pidiéndome que aceptara el reembolso de los gastos de la guerra. Respondí que me era absolutamente imposible aceptar tal cosa»

Algunos días después, Mr. Roosevelt propuso al barón Rozen la compra de la mitad de Sajalin por una suma suficiente á satisfacer los deseos japoneses, pero esta proposición fué desechada, del mismo modo que otra posterior; en la cual el Presidente aconsejaba aceptar el principio de la compra fijándose el precio por medio de un arbitraje. Vitte respondió que los rusos no cederían en la cuestión de indemnización, directa ó indirecta. Entonces Mr. Roosevelt se dirigió directamente al Csar y obtuvo la cesión de la mitad de Sajalin.

Vitte atribuye el súbito cambio de la actitud de los japoneses al hecho de que el Presidente Roosevelt informó al barón Kaneko que el Japón no contara con el auxilio financiero de los Estados Unidos, «si persistía en continuar la guerra por una mera cuestión de dinero. El barón Kaneko telegrafió esta noticia á Tokio, y el gobierno del Mikado, alarmado por aquel propósito modificó su actitud: ya era tiempo.»

\* \*

Estas declaraciones confirman lo que dijimos en ocasión oportuna: el Presidente Roosevelt obró constantemente de acuerdo con los japoneses, y no les abandonó hasta persuadirse de los irrevocables propósitos del Csar. Además, tuvo en los Estados Unidos varios plenipotenciarios: Komura y Takahira, á quienes se les encomendó la misión de reducir á los rusos; y el barón Kaneko, por cuyo intermedio el Mikado se entendía con el Presidente, y por el intermedio de éste con otras potencias. El verdadero negociador de la paz fué el barón Kaneko, sin previo conocimiento de Komura, y de esto provino en parte el disgusto de éste, obligado á aceptar las concesiones aconsejadas por un personaje ajeno á la plenipotencia. Fué Yto y no Komura quien puso término á la guerra.

—&lt;—&gt;—

## EL ESPIONAJE JAPONÉS

(Correspondencia del teatro de la guerra)

Ciertamente se puede asegurar que en ninguna guerra el espionaje ni los servicios de los prácticos han alcanzado un desarrollo tan grande como en el actual conflicto del Extremo Oriente. Las bandas de espías infestan todo el terreno, y molestan á nuestras tropas en los vivaques, en la vía férrea, en las ambulancias, en todas partes. Esto no tiene nada de sorprendente y se explica por varias razones. En primer lugar, los japoneses, como todos los pueblos orientales, son astutos y cautelosos por naturaleza; en segundo, nuestra caballería es relativamente poca, lo que reduce el número de reconocimientos efectuados por grupos importantes de jinetes; en tercero, cierto parecido con los chinos y la comunidad de algunas costumbres, facilita á los japoneses la labor del espionaje; finalmente, las simpatías de que los japoneses gozan entre los chinos por la afinidad de hábitos y de religión, y nuestra bondad y candidez (en la posición de Ai-san-tsian, cuando aun nuestro ejército estaba en Ta-chi-chiao, pusimos mucho cuidado en que no fueran destruidas las fortificaciones chinas).

Inútil es encarecer la importancia de las observaciones y noticias adquiridas astutamente por los espías. Sus destacamentos y patrullas son enviados con frecuencia á nuestro frente, y entran en nuestras líneas de defensa, se ponen en contacto con las vanguardias y llegan á la línea principal. Pero entre ellos se extienden los espías, atravesando todos los obstáculos hasta llegar al centro del ejército, informándose de la situación y distribución de las fuerzas; el número y nombre de los cuerpos, los puntos de concentración, los lugares donde se encuentran los almacenes y depósitos, la llegada de los transportes de municiones, nada escapa á las miradas vigilantes de los espías; en ciertos casos favorables consiguen enterarse de los propósitos del adversario, sorprendiendo las conversaciones de los jefes y aun apoderándose de las órdenes transmitidas. En conclusión; nunca cesan en sus pesquisas, y auxiliares desconocidos y que no se sabe de dónde salen, les enteran de nuestros planes, cobrando gruesas sumas en pago de sus servicios. De este

modo su ejército nunca se mueve á ciegas, sino que opera sabiendo lo que ha de hacer y con conocimiento de causa.

El amplio desarrollo y el hábil sistema de organización del espionaje japonés están demostrados por los hechos, y lo han reconocido los extranjeros que siguen las operaciones con nuestro ejército ó con el japonés. He aquí lo que dice el escritor inglés Storce, que estuvo agregado al ejército ruso durante la primera mitad de la guerra: «El éxito de los japoneses se debe principalmente al sistema de informaciones obtenidas por los espías... Trabajan de acuerdo los chinos y japoneses, haciéndose señales durante la

japoneses contaban con muchos espías, y que por consiguiente estaban muy bien informados de cuanto hacían los rusos.

Admira que los japoneses prefieran tener un gran número de espías de baja categoría, es decir, pagados á bajo precio, que un corto número de espías escogidos, espléndidamente retribuidos y esencialmente fieles; pero el gran número de espías les proporciona un gran número de noticias, y les es fácil compararlas y coordinarlas, de modo que los mismos espías ponen de manifiesto la lealtad y buena fe de sus compañeros.

Según el modo cómo operan, los espías japoneses pueden dividirse en dos clases.



Destacamento de hermanas de la Caridad, en visperas de partir al teatro de la guerra

noche y cambiando á menudo el desarrollo y métodos de espionaje. Los espías causan muchas pérdidas á los rusos, más que las producidas por la estrategia japonesa y el talento de sus generales». Ese desarrollo extraordinario del espionaje lo confirma también un escritor amigo de los japoneses, el inglés (1) F. Palmer, que no puede ser tildado de parcialidad; este testimonio es de mayor importancia porque procede de una persona agregada al ejército japonés. Finalmente, el teniente Kamayashi, del 13.º regimiento de caballería, apresado en nuestra retaguardia disfrazado de chino, declaró ante el consejo de guerra que en Mukden los

(1) F. Palmer, corresponsal en el ejército de Kuroki, es norteamericano. (Nota del T.)

Unos viven é indagan en la zona ocupada por nuestro ejército ó en la retaguardia, y para enviar las noticias á los japoneses se valen de individuos aislados que desempeñan el papel de correos; éstos son los espías locales. Otros espías residen cerca de las tropas japonesas y muy á menudo entran en la zona ocupada por las nuestras, á cumplir breves comisiones de información; estos espías, á los que podemos llamar volantes, transmiten personalmente á los japoneses las noticias que han adquirido. Ciertamente, los datos suministrados por los espías locales son en general más abundantes y exactos que los proporcionados por los espías volantes, aunque suelen tardar mucho tiempo en llegar á su destino. Esta diferencia

entre unos y otros espías, determina su empleo según los casos: si á los japoneses les es necesario saber pronto ó tener datos de la fuerza y disposición de nuestro ejército, por ejemplo, para conocer nuestros lugares de concentración en visperas de un combate, entonces envían á nuestras líneas espías volantes; pero si desean entorpecer los transportes militares por ferrocarril, esclarecer la situación de nuestros depósitos, ó averiguar el plan y los preparativos de defensa en nuestras posiciones de retaguardia, se valen de los espías locales.



Transporte de provisiones en carretas chinas

A cada espía se le dan instrucciones detalladas, algo así como una especie de interrogatorio al que debe responder. Así, por ejemplo, los espías de la vía férrea tienen el deber de anotar diariamente: 1.º la hora de llegada y salida de cada tren militar; 2.º el número aproximado de hombres, caballos, vehículos y vagones cerrados con carga; 3.º la clase de los uniformes de los viajeros, y en particular los cubrecabezas (gorros ó *papaj* con el color de los vivos y su número), y las hombreras (color y cifras); 4.º Hora de llegada y de partida de cada tren que salga hacia la retaguardia, fijándose en el nú-

mero de vagones vacíos y cargados y, precisamente, en el contenido de estos últimos. Los espías que operan en la zona del ejército han de averiguar: 1.º Cantidad y composición de los cuerpos en la circunscripción señalada á cada espía; 2.º Orden de su distribución; 3.º Sus ocupaciones, en detalle; 4.º Qué comen y á qué horas; 5.º El grado y nombre de los jefes más caracterizados. Los espías de los hospitales deben averiguar el número de enfermos y heridos, su aumento y disminución, el aspecto que ofrecen los heridos y enfermos, el grado de los médicos

y del personal de servicio, la clase y abundancia de los alimentos, etc. En suma, todos los datos militares de interés, hasta los más insignificantes, son anotados por los espías. La índole de las preguntas y su mayor ó menor número se acomoda siempre á la capacidad intelectual de cada espía.

Los espías chinos escriben sus informes y relaciones en idioma chino. Sin embargo se suele conocer cuándo se ocupan de nuestro ejército, porque copian las cifras de las hombreras de las tropas. Por este indicio se obtienen á menudo muy buenos resultados.

Los japoneses reclutan sus espías en la

población local, excitando su codicia ó amenazando á los chinos con trabajos penosos ó bien aterrorizándolos por un medio cualquiera, para lo cual se introducen los japoneses entre ellos y les acusan de haber cometido crímenes ó faltado á las leyes. Unas veces los reclutan individualmente solicitando sus servicios, y otras se valen de centros de enganche establecidos en los pueblos ocupados por los japoneses. Los comandantes militares indican los datos de nuestro ejército que desean poseer, y las

gratificación suplementaria de 2 á 20 rublos.

Generalmente los espías chinos llegan á nuestras líneas disfrazados de mercaderes, dando muestras de gran simplicidad; ó bien simulan ser fugitivos que huyen de sus pueblos, ocupados por los japoneses. En cuanto han adquirido los datos que desean, bien en los pueblos ó en las minas ó en el campo, se ocultan y desaparecen, huyendo de nuestras líneas. También los mismos japoneses se presentan en nuestro campo, dis-



Llegada de heridos rusos al Japón

oficinas de espionaje encomiendan la adquisición de aquellos á los espías que conceptúan más idóneos para el caso. Oficinas de esta clase funcionan ahora en Tíe-ling. Si los japoneses desconfían de la lealtad de los espías, ponen presos á los parientes de estos, padres ó hermanos, amenazándoles con horribles suplicios ó la pena capital si los espías son traidores ó suministran informes falsos.

Casi todos los espías cobran un sueldo mensual fijo, que varía de 40 á 100 rublos de nuestra moneda; cuando dan noticias importantes y exactas reciben además una

gratificación suplementaria de 2 á 20 rublos. Así vestido llegó á nuestras líneas el Teniente Kamayashi, del 13.º regimiento de caballería, enviado desde Tíe-ling por su coronel para que reconociera el camino de Kirin; pero no pudo cumplir la orden porque fué detenido por nuestras tropas. Antes de partir el teniente expuso la dificultad de su misión, pero se le respondió que cumpliera la orden. Entonces Kamayashi y el sargento Kogo se vistieron de chinos, anudáronse la coleta y tomaron el camino de Kirin. No lejos de este punto despertaron las sospechas de los guarda-

fronteras, quienes quitaron el gorro á Kogo y tiraron de su coleta, descubriendo así que pertenecían al ejército japonés.

Así que nosotros adoptamos medidas severas y rigurosas contra los espías, los mismos japoneses reconocieron cuán difícil les era procurarse noticias. Con los chinos, sospechosos de espionaje en favor nuestro, los japoneses no tienen consideración en cuanto los prenden. Entre los chinos se dice que los japoneses entierran vivos á nuestros



El general Linevitch observando las posiciones japonesas

emisarios; pero repugna creer que este rumor sea cierto.

5 (18) Mayo, 1905.

V. K.

(Traducido directamente del ruso, por J. A.)

### LA HIGIENE EN EL EJÉRCITO JAPONÉS

El doctor Louis Livingston, del ejército norteamericano, que permaneció largo tiempo agregado al ejército japonés, ha dado interesantes detalles de la perfección de to-

dos los servicios higiénicos y sanitarios de aquellas tropas.

«Los japoneses tienen un inspector general de sanidad, de la categoría de teniente general; seis inspectores, mayores generales; y un subinspector, brigadier-general, por cada 20,000 hombres; todos esos jefes de sanidad tienen atribuciones para hacer que sus órdenes sean obedecidas.

»El soldado japonés perecerá de sed en presencia de una fuente de agua impura,

antes que beber agua que le haya sido prohibida. Tiene confianza en sus oficiales, y aunque no fuera así tampoco desobedecería las órdenes, por temor á ser severamente castigado. No es necesario acudir al comandante de las tropas para que se cumplan las órdenes sanitarias. Sin autoridad para imponer sus disposiciones, la mejor organización sanitaria es prácticamente nula.

»Los japoneses son los primeros en reconocer el verdadero valor del cuerpo de Sanidad militar. El cuidado de los enfermos y heridos consume una pequeñísima parte de

su tiempo. La solución del gran problema, conservar la salud y la capacidad combatiente del ejército en campaña, prevenir las enfermedades por el más minucioso estudio de las provisiones, vestidos y abrigo del soldado, es su primero y más importante deber. Su capacidad para el detalle es asombrosa.

Doquiera, en campaña con los exploradores y en la base con los hospitales, siempre la idea predominante es la prevención de las enfermedades. Los oficiales de Sanidad están presentes en todas partes. Se encuentran

dado recibe alojamiento en donde haya el menor peligro para la salud. En todos los casos de fiebre se analiza microscópicamente la sangre, y competentes bacteriólogos, dotados de todos los aparatos necesarios, forman parte de los cuarteles generales de las divisiones.

»El oficial médico acompaña también á las partidas de reconocimiento, y, con los oficiales de administración, examina los varios alimentos, frutos y vegetales que expenden los naturales á lo largo de la línea de marcha, mucho antes de que llegue el grueso



Una batería de Port-Arthur: su comandante, el teniente Dodoroff (junto á la pieza), fué muerto en el reducto Kuropatkin, en Agosto de 1904

en innumerables sitios donde en el ejército americano ó en el británico no se cree necesaria su presencia; tanto en las avanzadas como en la retaguardia; marchan con la cadena de exploradores, con su microscopio y agentes químicos, analizando el agua de las fuentes para que el ejército que marcha en pos de los destacamentos no beba agua contaminada. Cuando los exploradores llegan á un pueblo, examinan ante todo las condiciones sanitarias é higiénicas de la localidad, y si se encuentran gérmenes de infección ó contagio, se aísla y se establece una guardia alrededor del distrito peligroso; deseguida se avisa al ejército, y ningún sol-

del ejército. Si los alimentos están adulterados ó pasadas las frutas, ó el agua requiere ser hervida, se transmiten los correspondientes avisos; y tal es el respeto y disciplina de todos, desde el comandante de las tropas al último soldado, que la obediencia á todas las órdenes es absoluta.

»También se encuentra al oficial médico en los campamentos, leyendo á las tropas sus deberes higiénicos y explicando mil detalles de la higiene personal, tales como el modo de preparar los alimentos y comerlos; cuándo debe abstenerse de beber; precauciones para el baño; limpieza de las uñas para prevenir el riesgo de contagios, y otros

muchos. Largo tiempo antes de la ruptura de las hostilidades, los médicos estaban con los agentes avanzados del ejército, inspeccionando las provisiones que se preparaban para las tropas; como consecuencia de estas precauciones, no se presentaron luego los millares de casos de enfermedades intestinales, diarreas y disenterías, y fiebres infecciosas que provienen de mala alimentación y desprecio á las reglas higiénicas, enfermedades que han hecho perder más campañas que la estrategia de los generales enemigos ó las balas de sus soldados.

»Aun no es tiempo de presentar pruebas estadísticas; pero de mis observaciones personales infero que en los hospitales japoneses se ha logrado una notable reducción en la mortalidad causada por las heridas; en particular por las penetrantes en el cráneo, pecho y abdomen, y las lesiones en los huesos, excepto las de la columna vertebral. Pero donde brillan más los resultados de la previsión japonesa es en la reducción de los fallecimientos por enfermedades evitables, que á veces conducen al sepulcro á 400 hombres por cada 100 que mueren irremediabilmente. Si se acepta el testimonio de personas conocedoras del asunto, de acuerdo con mis propias observaciones, las pérdidas originadas por las enfermedades evitables no llegaron, en los seis primeros meses de la campaña, á uno por ciento del efectivo; y esto en una región notoriamente insalubre. Compárese esta cifra con las espantosas pérdidas de los ingleses, por iguales dolencias, en el África del Sud, ó, peor todavía, con las nuestras durante la guerra hispano-americana.

»Prescindiendo del resultado final de esta terrible guerra, la historia jamás dará una demostración más convincente de los beneficios de una excelente organización sanitaria, higiénica y administrativa, que la que se deduce de la actual campaña.

»La ración de los japoneses es inspeccionada por el cuerpo de Sanidad, el cual está familiarizado con este labor y la ejecuta con arreglo á procedimientos científicos. Es la ración más sencilla del mundo: casi exclusivamente arroz, con un poco de carne, pescado seco y escabeche. Aunque no sería

admisible en otros ejércitos, su característica es la sencillez; cuesta la décima parte de la nuestra. Nuestra ración es á propósito para un país frío, para un clima ártico, pero para una comarca tropical constituye el colmo del absurdo.

»El Japón es un pueblo muy pobre. La economía es el punto de partida para todos sus cálculos, y procura reducir los gastos, hasta el punto de que 648 soldados japoneses cuestan lo mismo que 82 de los nuestros.

### CRÓNICA DE LA GUERRA

*El armisticio naval.*—El 26 de Septiembre se reunieron en la bahía Korniloff los almirantes Jessen y Kamimura, para concertar las condiciones del armisticio marítimo. Cada una de las escuadras, rusa y japonesa, constaba de dos cruceros y dos torpederos. La reunión duró cinco horas, y los almirantes señalaron la línea de demarcación más allá de la cual no podrán pasar los barcos de cada una de las dos potencias, ni será permitido el contrabando de guerra.

\* \* \*

Aunque la paz no ha sido aún ratificada por los soberanos de los dos Imperios, puede asegurarse que la guerra ha terminado y que ha desaparecido el peligro de que el partido progresista japonés imponga su voluntad al Mikado. La dislocación de los ejércitos de la Mandchuria y los detalles de la repatriación son materias de interés general muy limitado, aunque desde el punto de vista puramente militar ofrezcan abundantes enseñanzas. Además, el largo plazo que se fija para la evacuación de la Mandchuria nos impide ocuparnos en aquellos puntos. Únicamente expondremos, si se hacen públicas antes de que termine su existencia LA GUERRA RUSO-JAPONESA, las medidas de previsión que adopten Rusia y Japón en las fronturas mandchurianas y la situación y fuerza de las tropas que en ellas queden.

Concluiremos estas Crónicas con algunas consideraciones generales, necesariamente breves y concisas, acerca de la guerra que acaba de terminar, escritas no ya con sujeción á lo que en estas columnas hemos dicho, sino teniendo en cuenta todo lo que después se ha publicado en los principales periódicos y revistas militares del mundo, y lo que han dado á conocer los correspondientes en el teatro de la guerra.

JUAN AVILÉS

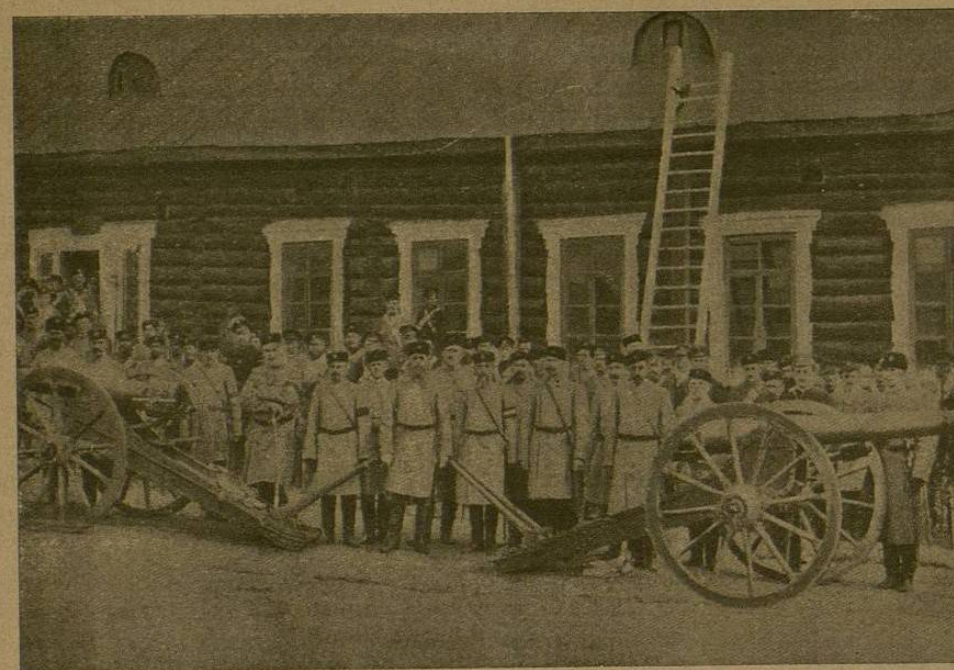
Comandante de Ingenieros

29 Septiembre de 1905.

Imp. CASTILLO.

# La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: El general Michtchenko, por V. A.—Los ocios del ejército japonés.—«El Japón, centro del mundo», por Z.—Resumen de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Tropas cosacas del Amur

## EL GENERAL MICHTCHENKO

Recuerdo que aproximadamente á mediados de Noviembre del año pasado, entró en el vagón número 414, donde yo vivía con el oficial V. K. Chneur, del primer regimiento de cosacos de Tchitinsk, un hombre que vestía una túnica gris, sin hombreras, papaj negro y grandes botas de fieltro; de rostro pálido, no curtido aun por el aire y el sol, que denotaba una honda preocupación; de ojos azules, y de una enorme barba rubia. Era el teniente Burten, del ejército francés, á quien sus ardientes simpatías hacia Rusia y los rusos, y el ardiente deseo de aprender prácticamente las cosas de la

guerra, habían llevado á la Mandchuria. Perdido en una mar de confusiones, sin conseguir realizar nunca sus deseos, hacia diez meses que, con diez mil francos en el bolsillo, viajaba de París á Petersburgo, de Petersburgo á París, de París á Mukden, pero no llegaba á nuestro ejército. No atreviéndose á solicitar del general Kuropatkin una audiencia, estaba punto menos que desesperado. «Decidme, ¿qué he de hacer?»—exclamó mientras las lágrimas caían gota á gota sobre su luenga barba.—«Yo no puedo regresar ahora á Francia... Pido muy poco: me contentaré sirviendo como simple soldado; no deseo más.» Con estas modestas y sinceras razones se dirigía á donde quiera